PLAN DIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN

El acompañamiento

Diócesis de Orihuela-Alicante

2

EL ACOMPAÑAMIENTO

La numeración de este documento corresponde a la del original: "Proyecto Diocesano de Evangelización. Acompañamiento y Transmisión de la Fe (2025-2027)", para que sirva como referencia en caso de querer consultar la fuente.

2. EL ACOMPAÑAMIENTO

1. La necesidad del acompañamiento

El camino evangelizador que hemos recorrido durante el primer bienio ha estado guiado por dos ejes fundamentales: el redescubrimiento del Primer Anuncio y la revitalización de la acogida en nuestras comunidades. Ambos han sido auténticos cauces de gracia: el primero, despertando corazones dormidos; el segundo, abriendo puertas allí donde antes había muros. Por eso, damos gracias al Espíritu por tanta siembra fecunda.

Esta experiencia nos revela con nitidez una nueva urgencia pastoral: la necesidad de un acompañamiento más profundo. Muchos, tras ser tocados por la fuerza del Primer Anuncio y acogidos con ternura por la comunidad cristiana, sienten en su interior el deseo de seguir creciendo, de avanzar en el seguimiento de Cristo.

Un nuevo paso, que implica madurez y decisión y necesita ser acompañado. El estilo del Maestro nos lo enseña: Jesús no solo llama, también se queda, explica, escucha, camina con los suyos. Lo hizo con los de Emaús (cf. Lc 24,13-35), lo hace con cada discípulo en cada tiempo y en cada lugar. Jesús nos invita a hacer lo mismo, nos envía su Espíritu Santo, para acompañar con paciencia y respeto desde su Palabra, incidiendo en la vida concreta de cada creyente.

1.1. Redescubrimiento del acompañamiento

El acompañamiento espiritual no es una moda ni un método. **Es una forma de amar** prolongada en el tiem-

po que no se agota en el primer encuentro. Ese es el estilo del amor de Jesús, que no solo nos invita a amar, sino a permanecer en el amor dando frutos capaces de durar (cf. Jn 15,9.16). Y como todo amor verdadero, exige hacerse preguntas esenciales: ¿a quién acompañamos?, ¿cómo lo hacemos?, ¿para qué?, ¿desde qué experiencia lo hacemos?

Vivimos inmersos en una **cultura marcada por el individualismo**, que promueve caminos sin vínculos y procesos sin comunidad. En este contexto, hablar de acompañamiento parece ir contracorriente. Sin embargo, es precisamente aquí donde nuestra propuesta brilla con más fuerza: frente al aislamiento, comunión; frente a la autoayuda, relación; frente al juicio, escucha; frente a la prisa, proceso.

Urge redescubrir el acompañamiento no como alternativa, sino como necesidad para quien quiere caminar en la fe. No basta con encender una chispa inicial: es necesario invocar al Espíritu Santo a que sople con constancia, para que avive esa llama y que no se apague. **Acompañar es custodiar el fuego de la fe en el corazón del otro, sin invadir ni poseer.**

1.2. El acompañamiento personal

«Acompañar» viene de *cum panis*, compartir el pan. Es sentarse con el otro, compartir lo que hay sobre la mesa: heridas y búsquedas, certezas y dudas, silencios y palabras. Es caminar al ritmo del otro, sin adelantarle, sin forzarle, ajustando los pasos al compás de su alma.

El acompañamiento, aunque se nutre de la comuni-

dad y desemboca en ella, es esencialmente personal. Dios no ama en abstracto: llama a cada uno por su nombre, se encarna en historias concretas, se revela en caminos únicos, donde el protagonista es siempre el Espíritu. Él actúa tanto en el acompañado como en el acompañante.

Las dinámicas grupales pueden ayudar, pero nunca sustituyen el arte delicado de sentarse frente a una vida, escuchar sin prisas, discernir sin imponer. **El que acompaña se convierte en testigo del paso de Dios por la vida del otro**. Para servir a esta presencia y acción divina debe dejar espacio, cuidar, orar, callar, iluminar.

Acompañar también es **acoger la fragilidad**. Abrirse al otro es mostrarse vulnerable. Por eso, este proceso exige un **respeto absoluto**: sin moralismos, sin juicios, sin invadir la conciencia ni precipitar al otro a tomar decisiones. Solo quien ha sido amado en su propia debilidad puede amar así a los demás. La fragilidad, lejos de ser un obstáculo, se convierte en tierra sagrada donde germina la ternura de Dios.

Cuando el acompañado se siente escuchado, puede poner orden en su interior. Salen a la luz pensamientos dispersos, emociones contradictorias y heridas escondidas. El encuentro con Cristo otorga sentido a lo que antes estaba desordenado. Así sucedió con la Samaritana, con Zaqueo, con Nicodemo, con los de Emaús. El estilo de Jesús es modelo de cada acompañamiento.

1.3. Multiplicidad de itinerarios

Cada persona presenta su singularidad. Aunque exis-

ten elementos comunes, el acompañamiento nunca es uniforme. No hay un solo camino, ni un solo ritmo. Hay una variedad fecunda que exige discernimiento, flexibilidad y creatividad pastoral.

El contexto actual, marcado por la globalización, la movilidad, los cambios acelerados y la fragilidad de los vínculos, nos presenta un nuevo reto: necesitamos múltiples itinerarios que respondan a las distintas edades, situaciones, heridas y búsquedas de las personas.

El **desafío** del acompañante no está solo en proponer caminos, sino en **caminar con el acompañado**. Sin miedo a las diferencias. Sin pretender controlar los procesos. Confiando **en que el Espíritu actúa en cada persona con libertad y belleza**. El propio acompañante recibe su vocación del mismo Espíritu, como el diácono Felipe: acércate y camina a su lado (cf. Hch 8,29).

1.4. Urgencia de acompañantes preparados

Este proceso solo es posible si hay quienes estén dispuestos a acompañar. Hombres y mujeres que, guiados por el Espíritu, sean capaces de estar, de escuchar, de discernir, de corregir con caridad y de sostener en el silencio.

El acompañamiento **no se improvisa**. Requiere una **experiencia profunda de Dios**, una **vida orante**, una **actitud humilde**, pero también pide **formación** en el conocimiento de las Escrituras, en el discernimiento espiritual, en las ciencias humanas y en la relación de ayuda.

El buen acompañante es consciente de que **no es dueño del camino del otro**. Sabe que no puede imponer, ni juzgar, ni sustituir. Al mismo tiempo sabe **que no puede callar ante el mal objetivo**, ni disfrazar la realidad con eufemismos. La verdad, cuando es dicha con amor, no hiere, libera[1].

El acompañamiento verdadero une estas dos enseñanzas de Jesús: «no juzguéis y no seréis juzgados» (Lc 6,37) y también: «si tu hermano peca, corrígele en privado» (Mt 18,15). El acompañante al estilo de Jesús conjuga la verdad con la misericordia, la corrección con la ternura, la firmeza con el perdón.

Acompañar no es tolerar todo, ni justificar todo. Es ayudar a levantarse. Es decir: «Toma tu camilla y anda» (Jn 5,8). Es mostrar el rostro del Padre que corre al encuentro del hijo herido, y que lo reintegra al banquete de la vida (cf. Lc 15,20-24).

2. Acompañamiento espiritual en la Palabra de Dios y en la historia de la Iglesia

Queremos enraizar nuestra reflexión sobre el acompañamiento en la Palabra de Dios en una perspectiva trinitaria: cómo nos ha acompañado el Padre, cuál es la pedagogía de Cristo en el acompañamiento y cómo obra el Espíritu Santo en el creyente. Seguidamente presentaremos algunos ejemplos de acompañamiento en grandes santos y en el magisterio actual de la Iglesia.

---

1 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, n. 7; Juan Pablo II, Carta encíclica *Veritatis Splendor*, nn. 31-34; Conferencia Episcopal Española, Instrucción pastoral *La verdad os hará libres*, n. 7

2.1. Cómo acompaña el Padre

Nuestra perspectiva sobre el acompañamiento pretende ser bíblica y trinitaria. Ante todo queremos darle voz a Dios, con su Palabra de vida, lámpara para nuestros pasos y consuelo en los momentos de dificultad. En ella, Dios nos sale al encuentro poniendo bálsamo a nuestras heridas, sacándonos de nuestras seguridades. Al dar protagonismo a su Palabra, recordamos que siempre estamos a la escucha. Ponemos a Dios en el centro, tal y como Él se ha manifestado en la historia de Jesús de Nazaret, que nos ha regalado ser hijos de Dios y sigue acompañándonos por medio de su Espíritu Santo. De ahí el acento trinitario.

El mismo modo en que la Trinidad divina ha llegado a ser una verdad de fe para los cristianos revela que Dios es respetuoso con nuestra libertad y entendimiento. La revelación trinitaria de Dios es un ejemplo de pedagogía y acompañamiento. Dios tiene paciencia con el ser humano, y le va revelando su ser trinitario poco a poco. Un obispo del siglo cuarto describía así a este Dios pedagogo que conoce muy bien los ritmos de la vida humana:

> «El Antiguo Testamento anunció manifiestamente al Padre y más oscuramente al Hijo. El Nuevo Testamento dio a conocer abiertamente al Hijo e hizo entrever la divinidad del Espíritu. Ahora el Espíritu está presente en medio de nosotros y nos concede una visión más clara de sí mismo. Pues no era prudente que, cuando aún no se confesaba la divinidad del Padre, se proclamase abiertamente al Hijo, y que, cuando no era admitida todavía la divinidad del Hijo, se añadiese al Espíritu

Santo como un fardo suplementario»[2].

El Dios que quiso llevar el peso de nuestros pecados no quiso cargarnos de verdades que no podíamos comprender todavía (cf. Jn 16,12-13). De ahí que Dios se revele poco a poco. El Dios del Antiguo Testamento ya es Trinidad, pero quiere darse a conocer sin prisas ni imposiciones. La Sagrada Escritura muestra a Dios acompañando el camino de los hombres y las mujeres. Lleva cada vez un poquito más lejos en el conocimiento de su ser. **Quiere incluirnos en ese círculo íntimo de Amor que tiene el Padre con el Hijo en el Espíritu Santo.**

El exquisito aprecio divino por la libertad humana explica los dos aspectos de la revelación: cercanía y trascendencia. Dios está próximo al hombre, pero no se confunde con él. La experiencia de Moisés manifiesta ambos aspectos: habla con Dios cara a cara, como se hace con un amigo (cf. Éx 33,11). Pero también descubre que, ante la majestad de Dios, debe arrodillarse. No puede mirar directamente su gloria porque a Dios no se le puede convertir en un objeto más (cf. Éx 33,20).

A pesar de la paciencia de Dios con el hombre, este acaba por confundir a Dios con las criaturas. La adoración del becerro de oro (cf. Éx 32) se convierte en el paradigma de toda idolatría. El pueblo cambió la gloria de Dios «por la imagen de un toro que come hierba» (Sal 106,20). Frente a lo que podría parecer, la idolatría no es un riesgo superado[3]. Consiste en modelar a Dios con nuestras manos, haciéndolo a nuestra

2 Gregorio Nacianceno, *Discurso* 31,26.

3 Cf. A. Gesché, «Sobre la idolatría siempre posible», en Idem, *Dios (Dios para pensar III)*, Salamanca 2010, 155-165.

imagen y semejanza, con todas nuestras limitaciones y defectos. Cada época tiene su propio becerro de oro, sus **ídolos** que quieren apresar al hombre y hacerlo su esclavo. Los ídolos son falsos porque falsean al hombre, le ponen en un camino equivocado. La paciente manifestación de Dios en la historia nos **libra** de ese peligro de idolatrarnos a nosotros mismos. No es que Dios defienda su gloria a costa de humillar al hombre. Más bien al contrario: revelándose tal y como es, Dios nos salva de nosotros mismos, de quedar sujetos a nuestras pasiones. También corrigiendo la idolatría se ve que Dios acompaña al pueblo.

Se revela a Moisés como el «Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob» (Éx 3,6). Es Dios de personas, pero no de personas aisladas. Dios del pueblo, que no olvida su sufrimiento: «os adoptaré como pueblo mío y seré vuestro Dios; para que sepáis que yo soy el Señor vuestro Dios, que os saca de los duros trabajos de Egipto» (Éx 6,7). Cuando Moisés le pregunta por su Nombre, Dios responde: «Yo soy el que soy» (Éx 3,14), es decir: yo soy el que está contigo, el que te acompaña, el que estará contigo cuando tengas dificultades. Su Nombre coincide con su **presencia** y con su acción a favor del pueblo. Dios promete estar con ellos, formarles como pueblo.

Dios cumple su promesa de acompañarles. Durante el camino desde Egipto hacia la tierra prometida nunca falta la presencia de Dios, que se hace presente por medio de la nube y el fuego (cf. Éx 13,21), de su ángel (cf. Éx 23,20) o de su siervo Moisés (cf. Éx 15,22). Pero todas estas mediaciones no esconden que el que acompaña es el mismo Dios (cf. Jos 24,17). El Deuteronomio lo afirma con claridad: «El Señor solo los con-

dujo, no hubo dioses extraños con Él» (Dt 32,12). Se trata de un camino que, por parte del pueblo, no está exento de tentaciones ni dudas. Dios permanece fiel, aunque no deja de educar a Israel con advertencias, bendiciones y castigos. El largo camino de cuarenta años que el pueblo recorre por el desierto hay que verlo como fruto de la paciente pedagogía de Dios.

La idea del camino se queda en la Biblia como una metáfora de la vida humana (cf. Job 31,4; Prov 20,24). El primero de los salmos recuerda que cada hombre y mujer tiene que elegir bien qué senderos quiere transitar: «el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal» (Sal 1,6). Esta enseñanza de los dos caminos es común en todo el Antiguo Testamento (cf. Dt 11,26; Jer 21,8; Prov 4,18).

Para acompañar el camino del pueblo sin violentar su libertad, Dios elige acompañantes. Abraham, Moisés, Elías y los profetas son testigos del paso de Dios por la vida del pueblo. También los ángeles, a quienes Dios encarga proteger los caminos del pueblo (Sal 91,11), como el arcángel Rafael, que acompaña a Tobías.

Dios siempre acompaña. Alguna vez directamente, casi siempre por medio de personas y de ángeles. A veces con el lenguaje del consuelo, a menudo con el reproche de haber olvidado a Dios o con la amenaza de la ruina inminente si el pueblo no se convierte. Dios quiere ser nuestro Dios, salvarnos y transformar nuestra vida, en un acompañamiento tan cercano que casi puede tocarse la presencia divina: «¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?» (Dt 4,8).

El Dios de Israel no muestra siempre su rostro de Padre. Alguna vez se relaciona su paternidad con el hecho de que ha creado a todos (cf. Mal 2,10), aunque lo más habitual es que se diga que Dios es Padre porque ha engendrado al pueblo al salir de Egipto (cf. Éx 4,2; Dt 32,5). Dios le asegura a David que será para él un padre, si David se comporta como un hijo (cf. 2 Sam 7,14). Pero esta promesa va más allá de David, que peca contra Dios. **La fidelidad divina** supera con creces la fidelidad del pueblo. Ellos empiezan a invocarlo como Padre suyo: «tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero: todos somos obra de tu mano» (Is 64,7). Su rostro de Padre no brillará con claridad hasta la llegada de su verdadero Hijo.

2.2. Jesucristo acompaña (pedagogía de Cristo)

El Antiguo Testamento presenta a Dios como el dueño de una viña, que plantó a Israel, le creó como pueblo y no ha dejado de acompañarles, haciendo todo lo posible por cuidarles. La queja que Isaías pone en boca de Dios manifiesta un acompañamiento que ha sufrido el abandono del acompañado. Su **amor infinito** que experimenta el sinsabor de no ser correspondido: «¿Qué más podía hacer yo por mi viña que no hubiera hecho? ¿Por qué, cuando yo esperaba que diera uvas, dio agrazones?» (Is 5,4). La parábola de los viñadores homicidas (cf. Mt 23,21-45) actualiza este motivo, introduciendo una novedad significativa: después de mandar distintos acompañantes, el dueño de la viña envía a su propio Hijo. Esta parábola, cuya claridad provoca la condena a muerte de Jesús, expresa muy bien la singularidad de la venida del Hijo. Ya no son otros quienes acompañan en nombre de Dios. Ahora es el mismo Dios, hecho carne, quien se pone al fren-

te de su pueblo. Ya no hay pastores que traicionan la promesa de Dios. Ahora es **el mismo Dios** quien **apacienta sus ovejas**. Con la venida de Jesús, el acompañamiento de Dios aparece más claro. Solo desde Jesús podemos intuir la profundidad trinitaria de ese Dios que acompaña el camino de los hombres: «los Evangelios nos presentan a Jesús como (...) formador (...) que obra siempre en estrechísima unión con el Padre, que esparce la semilla de la Palabra y educa (sacando de la nada), y con el Espíritu que acompaña en el camino de la santificación»[4].

Sobre el estilo del acompañamiento de Jesús, podríamos destacar los siguientes aspectos: a) Jesús acompaña los procesos de quienes le escuchan con una **pedagogía especial**. b) Jesús **llama** a seguirle: ser acompañado por Jesús es acompañar a Jesús dondequiera que Él vaya. c) Este seguimiento incluye **acompañarle hasta la cruz**, y sentirse acompañado por Él en las dificultades. d) Con los discípulos de Emaús, descubrimos que **Jesús nos acompaña** para descubrir el sentido de nuestra existencia.

a) Jesús es un **Maestro** con una pedagogía especial. En la última cena, Jesús reconoce que gran parte de su ministerio consiste en **enseñar y acompañar**: «vosotros me llamáis «el Maestro» y «el Señor», y decís bien, porque lo soy» (Jn 13,13). Utiliza distintos recursos expresivos, como juegos de palabras, refranes, frases rítmicas que se aprenden sin dificultad[5]. Como son fáciles de recordar, sus enseñanzas no se quedan solo en la mente, sino que calan en el

4 Obra pontificia para las vocaciones eclesiásticas, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, 32.
5 Cf. M. Pérez Fernández, «Pedagogía de Jesús y pedagogía cristiana», *Facies Domini* 2 (2010) 479-494.

corazón y piden un compromiso de transformación personal y social por parte de quienes le escuchan. Jesús se pone al nivel de las personas sencillas y describe en parábolas el Reino de Dios, que se parece a una fiesta de bodas, a la alegría de una mujer que encuentra la moneda que se le había perdido. **El corazón de Dios** recuerda a un padre, capaz de acoger por igual al hijo que se fue y al que se quedó a regañadientes en la casa.

Esta sencillez de Jesús no es superficial. El prólogo de San Juan nos abre el verdadero horizonte de la vida de Jesús. **La Sabiduría que hizo el mundo se ha hecho carne en la vida de Jesús de Nazaret** (cf. Jn 1,10.14). Su vida y sus palabras nos han «traducido» a Dios en palabras humanas, mostrándonos al Invisible en la carne y sangre de un hombre como nosotros (cf. Jn 1,18). La obra máxima de la pedagogía divina es haber «traducido» la vida de Dios de modo que podamos asomarnos al Misterio. Un himno litúrgico confiesa con admiración: «Carne soy, y de carne te quiero. ¡Caridad que viniste a mi indigencia, qué bien sabes hablar en mi dialecto!».

Jesús es Maestro, Palabra encarnada que traduce la vida de Dios para que podamos vivirla de modo sencillo. No se conforma con enunciar las verdades, como el mal profesor que suelta un discurso y no se preocupa si se entiende. **Jesús se hace comprender y dialoga**. A veces parece cansado de la lentitud de sus oyentes en captar y recibir sus palabras: «¿todavía no entendéis?» (Mc 8,21). Puesto que su enseñanza es gradual, recuerda que si no se comprenden las parábolas más sencillas, será imposible entender lo más complejo (cf. Mc 4,13). La incomprensión de

los oyentes, a menudo, es voluntaria: no entienden porque no les conviene, porque su corazón es duro y rechaza la conversión (cf. Jn 8,43-44). Pero quien se abre al diálogo con Él, experimenta el acompañamiento paciente de su corazón. Un buen ejemplo son sus diálogos con la Samaritana (cf. Jn 4) o con Marta (cf. Jn 11,20-31). Ambas comienzan sin comprender, desconcertadas por la novedad que les presenta Jesús. Él, como buen Maestro, les va llevando, poco a poco, a descubrir aquello que al principio no entendían.

b) El segundo aspecto del acompañamiento de Cristo es la **llamada**. En la época de Jesús, los discípulos elegían maestro. Jesús es diferente: «no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15,16). Quien le sigue ha sido elegido por Él. Su llamada es urgente y hay que responder en el momento. No admite demoras. Mientras el profeta Eliseo permite a un discípulo que diga adiós a los suyos (cf. 1 Re 19,20), Jesús se lo impide a un joven que desea seguirle (cf. Lc 9,61-62). El anuncio del Reino de Dios es tan urgente que no se puede mirar hacia atrás.

Seguir a Jesús es quedarse con Él, estar con Él permanentemente, donde Él vaya. A los Doce los llama para que se queden con Él y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3,14). Quienes tienen curiosidad por saber dónde vive Jesús, son invitados a verlo y acaban quedándose a vivir con Él (cf. Jn 1,39). Aunque no tenga un hogar: «las zorras tienen madriguera, y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Lc 9,58). Ser discípulo de Jesús es estar donde Él esté. Y como no tiene

un lugar fijo, el único modo de compartir su espacio es seguirle. Ir adonde vaya Jesús. El evangelio de Lucas destaca su decisión de ir a Jerusalén (cf. Lc 9,51). Desde este momento, el Maestro no detiene su camino, y quien desee estar con Él, tendrá que seguir sus pasos. Por eso dice el papa Francisco que «la intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera»[6]. **Los discípulos son acompañados en la medida en que acompañan a Jesús**. Son seguidores. Nunca deciden el camino.

c) Los discípulos no terminan de entender. Cuando Jesús anuncia que le esperan sufrimientos en Jerusalén, Pedro intenta impedir su camino. Se encara con Jesús. Y el Maestro le recuerda su lugar: «detrás de mí» (Mc 8,33). Ser acompañado por Jesús consiste en **acompañarle a Él en su camino hacia la Cruz**, compartir con Él la cruz como el Cirineo, o aliviar su soledad en Getsemaní. Pero en la subida a Jerusalén, el Maestro sigue acompañando a sus discípulos, previniéndoles del miedo que les empujará a huir del sufrimiento. También ellos tendrán cruz: «mi cáliz lo beberéis» (Mt 20,23). Hasta tres veces les anuncia qué sucederá cuando lleguen a Jerusalén. Se muestra lleno de luz y transfigurado, para que no pierdan la fe cuando vean su rostro lleno de sangre y desfigurado. A Pedro le advierte de su futura traición, no para culparle, sino para que evite caer. Y si cae, para que se levante y vuelva a servir: «cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22,32).

6 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 23.

d) La pedagogía de Jesús alcanza más allá de su vida histórica. Las **apariciones del Resucitado** son un **ejemplo de acompañamiento** de la comunidad naciente. A Tomás le enseña a creer sin exigir pruebas, a verle en los sacramentos de la Iglesia (cf. Jn 20,24-29). María Magdalena aprende cómo vivir enamorada cuando no vea el rostro de la persona amada (cf. Jn 20,16-17).

La aparición a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35) es la obra maestra del acompañamiento[7]. El Resucitado sale al encuentro de sus discípulos tristes, que se alejan de Jerusalén y se olvidan de la comunidad. Sus ojos, ciegos de pena y decepción, ven a Jesús, pero no lo reconocen. Les sucede lo mismo que a la Magdalena, aunque ella no dejar de buscar a Jesús. Los de Emaús se alejan. Jesús sale a su encuentro, les escucha con atención, en algún momento parece perder la paciencia por su incapacidad de comprender. Vivieron con Jesús como espectadores, como turistas por un recorrido superficial, sin entender lo profundo de su vida. El discípulo amado vio y creyó (Jn 20,8). Tomás no vio y fue incapaz de creer. Los discípulos de Emaús han visto, pero no han creído. Jesús les escucha, pero también les abre los ojos por medio de su Palabra y la fracción del pan. La vuelta a Jerusalén, a la comunidad apostólica, completa la pedagogía de Jesús. Desde ahora, el acompañamiento de Jesús hay que buscarlo en la Iglesia, en la lectura de la Palabra, en la celebración de la Eucaristía, en el compartir fraterno, en el consejo del hermano. **Ningún cristiano podrá vivir la fe en solitario**.

---

7 Cf. Obra pontificia para las vocaciones eclesiásticas, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, 34a.

2.3. El acompañamiento como obra del Espíritu Santo

Jesús, como buen pedagogo, sabía que no comprenderíamos su mensaje de una vez. No quiso dejarnos un «manual» que tendríamos que memorizar, sino una vida para experimentar, ampliar y transmitir: «muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena» (Jn 16,12-13). El Espíritu Santo, como el posadero de la parábola del Buen Samaritano (cf. Lc 10,35), cuida de la humanidad herida hasta que Jesús vuelva[8]. Nos va administrando la medicina de la Verdad y la Misericordia hasta la manifestación gloriosa del Señor. Acompaña a la Iglesia, no permite que nos quedemos huérfanos. Hace presente al Resucitado, poniendo en nuestro corazón su enseñanza, capacitándonos para transmitirlas. Cumple la promesa del Señor de estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,19-20). **El Espíritu es el verdadero acompañante del cristiano**. De hecho, el título de **«Paráclito»**, con el que Jesús se refiere a Él, podría entenderse también así: **el acompañante**. El Espíritu nos acompaña hasta la Verdad plena, pero nunca sin Jesús y sin la Iglesia. Nunca sin Jesús, porque como dice el Apóstol san Juan: «todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios» (1 Jn 4,2). Se nota que es el Espíritu quien nos acompaña porque nunca nos aleja de la verdadera doctrina y de los sacramentos. Quien confiesa a Jesús venido en la carne sabe que sus impulsos interiores tienen que ser contrastados con otros creyentes, acudiendo al «lugar donde el Espíritu florece»[9]: la Iglesia.

---

8 Cf. Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses* III,17,3.
9 Cf. Hipólito Romano, *Tradición apostólica*, 35.

Los primeros años de la vida de la Iglesia, tal y como los cuentan los Hechos de los Apóstoles, tienen al Espíritu Santo como protagonista. Desde Pentecostés, el Espíritu saca a la comunidad cristiana de su encierro, descubriéndole nuevos horizontes y ayudándole a responder a las nuevas situaciones. Convierte en ciudadanos a los creyentes que se quedan sin patria y sin identidad política, tal y como describe la primera carta de Pedro. Susurra a las Iglesias cómo mantener la fidelidad de la persecución, como enseña el Apocalipsis.

El Espíritu guía a cada cristiano. Lo educa. Lo modela, personalizando la imagen de Dios en una semejanza singular, confiriéndole dones únicos que enriquecen la edificación común de la Iglesia. San Pablo llega a afirmar que «los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (Rom 8,14). Desde aquí puede entenderse por qué el Espíritu Santo, para todos los creyentes, es **«el que acompaña en el camino para que llegue a la meta, el artista interior que modela con creatividad infinita el rostro de cada uno según Jesús»**[10].

Conviene desmentir rápidamente un prejuicio. No le llamamos «espíritu» porque huya de la carne. Todo lo contrario. Del mismo modo que ungió la carne de Cristo en el Jordán, empapa el cuerpo de la Iglesia con el crisma de la vitalidad, llenándola de dones jerárquicos y carismáticos[11]. El Espíritu Paráclito, el divino acompañante, necesita de acompañantes humanos, que le

10 Obra pontificia para las vocaciones eclesiásticas, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, 18b.
11 Cf. Congregación para la Doctrina de la fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia* a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia.

presten el oído, los labios y el corazón. «Es el Espíritu del Padre y del Hijo quien permanece junto al hombre para recordarle la Palabra del Maestro; es también el Espíritu quien habita en el hombre para suscitar en él la conciencia de ser hijo del Padre. Es, por tanto, el Espíritu el modelo en el que se debe inspirar aquel hermano o hermana mayor que acompaña al hermano o hermana menor en búsqueda»[12].

2.4. El acompañamiento en la tradición de la Iglesia

Desde los primeros pasos de la Iglesia, el Espíritu Santo ha suscitado este carisma del acompañamiento, para hacer presente la cercanía de Jesús y su Palabra[13]. Es curioso que los primeros acompañantes fueran los monjes, que se habían apartado del mundo. Se cumplía en ellos lo que dice un himno de nuestra liturgia: «no he venido a refugiarme dentro de tu torreón, como quien huye a un exilio de aristocracia interior. Pues vine huyendo del ruido, pero de los hombres no». Quienes salen al desierto a buscar a Dios, son encontrados por los hermanos y hermanas que buscan a Dios en el ruido de la ciudad. Naciendo de esta tradición monástica, se comprende que sea normal hablar de un «padre» espiritual. Jesús prohibió llamar «padre nuestro» a nadie (Mt 23,9). Pero la sabiduría cristiana comprendió que podemos llamar «padre» a quien «engendra en Cristo por el Evangelio» (1 Cor 4,15), siempre que el título se use con mucha precaución y humildad. La paternidad espiritual siempre debe doblar las rodillas «ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra» (Ef

12 Obra pontificia para las vocaciones eclesiásticas, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, 34.

13 Cf. A. Mercatali, «Padre espiritual» en: S. de Fiores – T. Goffi (eds.), *Nuevo diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1991, 1435-1454.

3,14-15), sabiendo que el cristiano solo crece cuando es fortalecido por el Espíritu en el hombre interior y es Cristo quien habita por la fe en los corazones (cf. Ef 3,16-17). El ministerio del acompañamiento participa de la paternidad divina, de la ternura de Jesús y de la cercanía del Espíritu Santo, pero nunca se vive de forma separada de la relación con las divinas Personas. **El acompañante solo es bueno cuando reconoce que los dones que administra no proceden de él sino de Dios**.

Junto con la acción de los monjes y padres espirituales, la Iglesia primitiva instituyó el catecumenado para acompañar la fe de los recién convertidos. Acompañar no es un carisma privado, sino una acción continua, institucional y transmisible de la maternidad de la Iglesia. «El catecumenado constituye una auténtica escuela de espiritualidad o 'noviciado' de la vida cristiana marcado por la exigencia, la mistagogía, el sentido de proceso y la relación de la comunidad apadrinante con los catecúmenos»[14].

Los grandes santos recordarán la necesidad de acompañamiento. Sin ánimo de ser exhaustivos, aportamos algunos testimonios.

San Juan de la Cruz, uniendo conocimiento místico y una fina formación teológica, señala que «el que solo quiere estar sin arrimo de maestro y guía será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que por más fruta que traiga, los viadores se la cogerán y no llegará a la sazón»[15].

---

14 J. Sastre García, *El acompañamiento espiritual*, Madrid 1993, 21.
15 San Juan de la Cruz, *Avisos Espirituales. Dichos de Luz y de Amor*, n. 5.

Santa Teresa de Jesús, que sufrió las consecuencias de un mal acompañamiento, supo valorar el tesoro que Dios le regalaba cuando encontró un buen director espiritual: «en todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo para curar mi alma, según se imprimía en ella (...) Llevóme por medios que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! (...) Dejóme consolada y esforzada, y el Señor que me ayudó y a él para que entendiese mi condición y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer a mis confesores, aunque imperfectamente; y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús; aunque imperfectamente, como digo, los he seguido»[16].

No es casual que Teresa mencione a la Compañía de Jesús. Uno de los muchos regalos que Dios ha hecho a su Iglesia por medio de esta orden religiosa es haber enseñado el arte de la dirección espiritual. Los Ejercicios Espirituales de **San Ignacio de Loyola** y la práctica del acompañamiento inaugurada por él han ayudado a muchos a escuchar la voz de Dios y a tomar decisiones que cambian el rumbo de la vida.

En esta tradición ignaciana se formó el **papa Francisco**, que nos ha ayudado a poner el discernimiento y el acompañamiento espiritual en el centro de la vida de la Iglesia[17]. En la visión del papa jesuita, el acompañamiento es un arte que nos enseña a detenernos ante el otro. Cada hombre y mujer es imagen de Dios,

16 Santa Teresa de Jesús, *Libro de la Vida* 23,16-18.
17 Cf. L.S. Sánchez Castro, *El «acompañamiento» en el magisterio del Papa Francisco (2013-2019)*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2020

tierra sagrada en la que Dios nos habla, y ante la cual hay que descalzarse. Esto no significa «idolatrar» esa presencia de Dios en el otro. Se trata de verlo como prójimo, «con una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana»[18]. Acompañar en cristiano no tiene nada que ver con una «terapia», o un «acompañamiento intimista, de autorrealización aislada»[19] que solo pretendiera el crecimiento personal egoísta y desvinculado de los demás. Se trata de alcanzar la madurez cristiana, la verdadera libertad, que solo se encuentra cuando somos alcanzados por Dios en el Espíritu Santo, convirtiendo la vida en «una peregrinación con Cristo hacia el Padre»[20].

Esta dimensión trinitaria de la vida cristiana le recuerda al acompañante que el acompañado es un misterio que no se puede objetivar ni cosificar ni juzgar desde fuera. Por parte del acompañado, requiere una actitud de humildad, saliendo continuamente de las propias seguridades y del egoísmo autorreferencial. «La propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer»[21].

La centralidad del acompañamiento va de la mano de la Iglesia «en salida» y la «conversión misionera» que pedía Francisco. «El auténtico acompañamiento espiritual siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito

18 Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 169.
19 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 173.
20 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 170.
21 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 172.

del servicio a la misión evangelizadora»[22].

3. Qué entendemos por acompañamiento espiritual

Una vez hemos subrayado la urgencia del acompañamiento para el momento presente, y expuestos sus fundamentos bíblicos e históricos, nos proponemos ofrecer una descripción de cómo entendemos el acompañamiento espiritual. Aunque resulte difícil abarcar todas sus dimensiones, procuraremos señalar algunos de los aspectos que conforman la realidad del acompañamiento.

3.1. El ser humano, ser en relación

Desde sus orígenes, el cristianismo nace y se comprende en clave comunitaria. La fe no es un proyecto individualista, sino una **vocación a la comunión**. En el horizonte bíblico y en la tradición judeocristiana, la persona se define siempre en relación con Dios, con los demás y con el mundo. «No es bueno que el hombre esté solo» (Gén 2,18). La identidad humana se revela en el encuentro.

El acompañamiento espiritual hunde sus raíces en esta verdad antropológica: no podemos crecer solos. La comunidad cristiana, en cuanto cuerpo de Cristo, es ya un lugar de acompañamiento. Pero este acompañamiento comunitario necesita ser **complementado con un cuidado personal**, atento a la historia concreta de cada discípulo. Como decía san Juan Pablo II, «en la Iglesia debe existir una adecuada armonía entre las dos dimensiones personal y comunitaria; y en su edificación, el pastor procede moviéndose desde

22 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 173.

la primera hacia la segunda»[23]. En ciertos momentos de la vida, uno puede necesitar más intensamente un acompañamiento que le ayude a discernir, sanar, tomar decisiones, crecer. Acompañar es, entonces, ayudar a escuchar a Dios en la propia historia, sin olvidar que fuimos llamados a la salvación como un pueblo.

Podríamos decir que la comunidad es como una orquesta: cada músico forma parte de un conjunto más grande, pero cada uno necesita también ejercitar su técnica, cultivar su instrumento, afinar su oído. Si no hay trabajo interior, el resultado colectivo pierde armonía. El acompañamiento espiritual cuida ese trabajo interior.

3.2. Qué es: definición, objetivos y límites

El término «dirección espiritual» comenzó a usarse en los siglos XVI y XVII, en el contexto de una Iglesia más estructurada para ofrecer una ayuda estable e institucionalizada para quienes deseaban avanzar en el camino de Dios[24]. Hoy preferimos hablar de «acompañamiento espiritual», porque refleja mejor la actitud evangélica de caminar al lado, como el Resucitado en Emaús.

Ambos términos, dirección o acompañamiento, pueden ser legítimos, si se entienden bien. **El verdadero director espiritual** no es dueño de nada. No dirige en sentido absoluto, sino que **acompaña** en nombre de Otro. El único guía, el verdadero formador de las almas, es el Espíritu Santo[25]. El acompañante humano

23 Juan Pablo II, Audiencia 19 mayo 1993.
24 Cf. C. A. Bernard, *L'aiuto spirituale personale*, Roma 1978, 5.
25 Cf. L. M. Mendizábal, *La dirección espiritual. Teoría y práctica,* Madrid 1978, 27.

es solo un mediador humilde, un testigo que ayuda al otro a abrirse a la acción de Dios.

Acompañar es una forma de mediación eclesial al servicio de la libertad y del crecimiento del otro. No sustituye al Espíritu. No impone caminos. No decide por el otro, sino que ayuda a discernir, a leer los signos, a escuchar la Palabra, a dejarse transformar por Dios.

Podemos integrar los elementos expuestos en esta definición: «**se llama dirección espiritual** a un ministerio de ayuda prestado comunitaria o individualmente, en nombre de la Iglesia y en la fuerza del Espíritu Santo, al que quiere progresar en la vida de fe, de esperanza y de caridad para asemejarse totalmente a Cristo, y por eso pide consejo y ayuda»[26].

3.3. Acompañar hacia la madurez cristiana

El acompañamiento espiritual es un camino lento, exigente, donde se gesta el misterio de Cristo en la vida concreta del discípulo. La vida cristiana se convierte en vida espiritual cuando ya no es solo cumplimiento, doctrina o costumbre, sino encuentro personal con Cristo, transformación interior, configuración con su Pascua[27], una vida de hijos que se dejan conducir por el Espíritu Santo (cf. Rom 8,14). Un cristiano puede decir con san Pablo: «vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). Este es el **fin del acompañamiento: que Cristo se forme en cada cristiano**, que siga creciendo hasta la talla de Cristo (cf. Ef 4,13).

---

26 G. Gozzelino, *Al cospetto di Dio. Elementi di teologia della vita spirituale*, Leumann 1989, 168-169.
27 Cf. G. Gozzelino, *Al cospetto di Dio*, 22.

Se acompañan los procesos, no los ideales. El acompañante se hace presente mientras Dios modela, mientras el alma madura, mientras el corazón aprende a vivir según el Espíritu. Es hacer de la propia vida una escuela del Evangelio, donde cada uno pueda encontrar su forma singular de ser discípulo.

3.4. Crecimiento hacia la santidad

Toda acción pastoral, catequesis, liturgia, caridad, misión, tiene un único fin: la santidad[28]. No entendida como perfección inalcanzable, sino como **vida plena**, como unión con Dios en lo cotidiano. Si la pastoral no conduce a la santidad, corre el riesgo de quedarse en lo superficial, en una fe domesticada, en una Iglesia funcional pero sin alma.

El acompañamiento espiritual es el espacio donde lo personal y lo comunitario se armonizan. Allí la propuesta se convierte en camino, los valores se interiorizan, las decisiones se disciernen y se maduran. Sin este cuidado, la fe puede quedarse en la superficie, sin transformar la vida.

3.5. Vocaciones y carismas

Toda persona es, ante todo, hijo de Dios. Esta es su primera y más profunda vocación. El acompañamiento espiritual parte de esta **verdad fundante:** somos amados, llamados, habitados por el Padre. Toda vocación concreta —matrimonio, consagración, ministerio ordenado— brota de esta filiación bautismal.

El acompañamiento ha de ayudar a vivir esta identi-

28 Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*.

dad. ¿Me vivo como hijo amado o como asalariado? ¿Actúo para ganar el favor de Dios, o me sé ya acogido gratuitamente? Este paso es decisivo. Sin él, la vida espiritual se convierte en moralismo o en esfuerzo estéril.

Todas las personas consagradas, los sacerdotes, los matrimonios... están llamados a vivir su vocación concreta desde esta raíz bautismal. Los carismas particulares enriquecen a la Iglesia, pero sin olvidar que todos somos discípulos, todos somos hijos.

El acompañante debe ayudar a **discernir la vocación**, a **integrar los carismas**, a **descubrir la llamada concreta que Dios hace a cada uno**. No se trata de señalar el camino desde fuera, sino ayudar a reconocer la voz de Dios en el interior. Acompañar es un proceso de identidad, que ayuda a **saber quién soy en Cristo, y cómo vivir en Él y para los hermanos**. En palabras de san Juan Pablo II, «la vocación debe definir la identidad del dirigido. El acompañamiento espiritual ayuda a hacer experiencia de Dios y, desde ahí, a asumir la propia identidad con libertad y fidelidad»[29].

4. Un acompañamiento, caminos diversos

Dios no actúa en serie. Cada persona tiene un camino único, y el acompañamiento debe respetar esa singularidad. San Juan de la Cruz lo decía con claridad: «Dios conduce a las almas por caminos diversos»[30]. El acompañante no impone procesos. Discierne en qué etapa está la persona y propone los medios adecuados, sin forzar ni adelantar tiempos. La vida espiritual no es li-

29 Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, n. 40.
30 San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, 3, 59

neal: tiene avances, retrocesos, crisis, estallidos de luz y noches oscuras. **Toda persona tiene una llamada**, un modo de amar único, y necesita descubrirlo, acogerlo y vivirlo con libertad. Cada etapa de la vida, cada situación particular, reclama un modo específico de acompañamiento.

Esta diversidad del acompañamiento afecta ***primero*** a los diversos aspectos que conforman la existencia de cada persona, necesitados de integración en unidad de vida. En ***segundo*** lugar, nos fijaremos en los ámbitos en que el acompañamiento parece hoy más urgente: la familia, la educación, el trabajo, el mundo digital y el tiempo libre. El ***tercer*** apartado finalizará presentando dos dimensiones transversales que impregnan todo acompañamiento: su eclesialidad y la sanación de heridas.

4.1. Dimensiones del acompañamiento

El acompañamiento abraza **todas las dimensiones de la persona**: su identidad, sus relaciones familiares, sus raíces culturales, sus vínculos comunitarios y su relación con Dios.

4.1.1. Dimensión humana (psicoafectiva)

El acompañamiento espiritual se adentra en la singularidad irrepetible de cada persona. Es ahí donde se entrelazan afectos, heridas, fortalezas y fragilidades. Acompañar esta dimensión supone ayudar a reconocer el propio mundo interior, con sus emociones, deseos y miedos; discernir entre el yo herido y el yo verdadero; permitir que la gracia de Dios penetre y transforme desde la verdad más íntima del ser; abrir

espacios donde el alma respire, donde las heridas encuentren nombre, sentido y redención.

4.1.2. Dimensión familiar (relacional)

La familia es **cuna de vínculos**, espejo primero donde la persona se reconoce amada o desfigurada. El acompañamiento espiritual que no entra en esta historia relacional queda incompleto. Acompañar esta dimensión es escuchar las raíces, abrazar las lealtades invisibles, iluminar las sombras heredadas, y reconciliar pertenencia y libertad. Solo desde una mirada creyente de la propia familia se puede acoger la verdad del Dios que es comunión y que sana desde dentro.

4.1.3. Dimensión social (cultural)

Nadie camina solo ni fuera del tiempo. El acompañamiento espiritual ha de ser también lectura creyente del contexto social y cultural en que la persona vive, piensa y decide. Acompañar esta dimensión es estar atentos a los lenguajes, desafíos, heridas colectivas, injusticias estructurales y signos de los tiempos. **Es ayudar a que el Evangelio** no **sea** ajeno, sino **encarnado**. Que la vida espiritual no se encierre en lo privado, sino que se ofrezca como luz en medio de la historia.

4.1.4. Dimensión eclesial (comunitaria)

La fe cristiana no nace ni madura en solitario. El acompañamiento ayuda a descubrir que la Iglesia no es un obstáculo, sino el lugar donde el creyente es sostenido, enviado y alimentado. Acompañar esta dimensión es invitar a **vivir la comunión**, a integrar los carismas personales en el cuerpo eclesial, a reconciliarse con la

Iglesia cuando haya heridas, y a vivir la corresponsabilidad como parte del seguimiento de Cristo.

4.1.5. Dimensión espiritual (fe-vida)

Es el corazón del acompañamiento. Ayuda a leer la vida desde la fe, a descubrir la presencia del Espíritu Santo en los detalles cotidianos, a crecer en oración, a discernir las llamadas de Dios y a configurarse con Cristo. Esta dimensión es el lugar donde **el alma se hace discípula**, donde el deseo se purifica y la vida entera se convierte en ofrenda. Aquí el acompañamiento toca el misterio y se convierte en testimonio del paso de Dios por la vida concreta de una persona.

4.2. Ámbitos de acompañamiento

Aunque el ministerio de acompañar es único, precisa diversificarse para abrazar todos los ámbitos en que desarrollamos hoy la vida: la familia, la educación, el trabajo, el mundo digital y el tiempo libre.

4.2.1. La familia

La historia de la salvación tiene sabor de hogar. Dios, desde siempre, ha elegido entrar en la vida humana a través de los vínculos familiares. La primera comunidad cristiana nació entre mesas compartidas, oraciones domésticas y decisiones de amor en lo cotidiano. La casa, en el lenguaje del Nuevo Testamento, es sinónimo de Iglesia. Allí se parte el pan, se reza, se sufre, se ríe, se perdona, se descubre a Dios en lo cotidiano. Allí comienza también el camino del discípulo. Por eso, la tradición cristiana la ha llamado con ternura «Iglesia

doméstica»[31]. Acompañar a una familia es, por tanto, un acto de profunda reverencia ante una tierra que es sagrada. **El hogar es el primer santuario donde se aprende a vivir en comunión**, a amar con paciencia, a perdonar sin condiciones, a sostenerse en la fragilidad. Acompañar esa vida es colaborar con la obra misma de Dios.

Hoy, muchas familias atraviesan desafíos grandes: la velocidad del día a día, la falta de tiempo compartido, las tensiones económicas, la incomunicación, las heridas antiguas no sanadas. También las realidades cambiantes del modelo familiar, las crisis afectivas, la soledad dentro del hogar, el dolor de las rupturas. En este contexto, la Iglesia está llamada a acompañar con ternura, sin juzgar, con humildad.

El acompañamiento familiar no es una tarea añadida a la pastoral, sino parte esencial de la misión de la Iglesia. San Juan Pablo II recordaba que el matrimonio es una vocación[32]: un camino de santidad vivido en el amor conyugal. El Papa Francisco insistía en una pastoral familiar viva, que no idealice ni excluya, sino que abrace y sostenga. No existen familias perfectas. Solo familias llamadas a amar con verdad[33].

---

31 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 11; Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Familiaris Consortio*, n. 3; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1655.
32 Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Familiaris Consortio*, n. 34.
33 Cf. Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, n. 57 y 135.

Este acompañamiento espiritual se despliega en distintas dimensiones:

- **Dimensión emocional**: Acompañar es ayudar a nombrar el dolor, ofrecer consuelo desde la fe, y abrir caminos de reconciliación entre los miembros del hogar.
- **Dimensión espiritual**: Acompañar es despertar en el hogar la sed de Dios: una oración sencilla, la bendición compartida, la Palabra leída en comunidad.
- **Dimensión formativa**: El acompañamiento ofrece talleres, espacios de diálogo, materiales que ayuden a educar en valores, a fortalecer vínculos, a crecer juntos.

El acompañamiento a la familia no puede descuidar ninguno de los momentos de la vida ni abandonar en las crisis. El nacimiento, la crianza, la educación de los hijos, el noviazgo y la preparación al matrimonio, el cuidado de los mayores son momentos en que la presencia de la comunidad cristiana es especialmente necesaria. Su acompañamiento se prolonga, se adapta, se sostiene en el tiempo.

La comunidad cristiana está llamada a ser hogar para las familias. La parroquia, el colegio, los movimientos eclesiales han de generar espacios donde las familias se sientan acogidas, escuchadas, fortalecidas. No se trata de juzgar desde fuera, sino de decir con Jesús: «hoy quiero quedarme en tu casa» (Lc 19,5).

Pero el acompañamiento familiar no se dirige solo al conjunto del hogar, sino también a sus miembros por separado. Cada uno recorre su propio camino espiri-

tual, con búsquedas, heridas y vocaciones únicas[34].

- **Los padres** necesitan redescubrir el valor de su vocación conyugal como camino de santidad[35], aprender a cuidar su relación como base del hogar, encontrar tiempos de diálogo y reconciliación[36]. Cuidar el matrimonio es cuidar a toda la familia.
- **Los hijos**, niños o adolescentes, requieren sentirse escuchados, comprendidos, guiados con afecto[37]. Es clave enseñarles que la fe no es ajena a su mundo, que pueden hablar con Dios desde lo que viven.
- **Los abuelos** son raíces vivas de la fe[38]. Acompañarlos es agradecer su testimonio, escuchar su historia, sostenerlos en la soledad o el dolor, y permitirles vivir esta etapa como una ofrenda serena al Señor.

---

34 Cf. Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, n. 305.

35 «El matrimonio es un signo precioso, porque «cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se «refleja» en ellos»» Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, n. 121.

36 «El amor necesita tiempo disponible y gratuito… hace falta tiempo para dialogar, para abrazarse sin prisa, para compartir proyectos». Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, n. 224.

37 «Los jóvenes necesitan ser respetados en su libertad, pero también ser acompañados» Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, n. 242.

38 «Muchas personas pueden reconocer que deben a sus abuelos la iniciación a la vida cristiana» Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, n. 192.

El cuidado pastoral de la Iglesia sobre las familias necesita mucha creatividad, que puede encarnarse en algunas acciones concretas de acompañamiento:

- Crear **espacios de oración en familia**[39]: rezar juntos en los momentos clave del día, bendecir la mesa, celebrar el Adviento o la Pascua en casa.
- Ofrecer **talleres** sobre comunicación conyugal, educación emocional, resolución de conflictos.
- Organizar **retiros, campamentos y convivencias** donde padres e hijos puedan crecer juntos en la fe.
- Formar matrimonios **acompañantes**, sacerdotes y laicos **que acompañen** desde la experiencia, con capacidad de escucha y discernimiento.

El acompañamiento familiar es, en definitiva, un acto de esperanza. Porque a pesar del caos, de la imperfección o de las heridas, Dios no deja de habitar el hogar. Con su gracia, cada familia puede llegar a ser lo que está llamada a ser: un reflejo de la Trinidad, un taller de humanidad, una escuela de misericordia.

4.2.2. La educación

La escuela es más que un lugar de instrucción: es un espacio adecuado donde se va gestando la persona. Allí, entre libros, pasillos y conversaciones, se despiertan preguntas profundas, se forman los afectos, se ensayan decisiones que marcan el rumbo de una vida. Educar es, por tanto, **mucho más que enseñar.** Es **acompañar procesos de crecimiento, abrir horizontes, despertar vocaciones**. Y en ese camino, el

39 «La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu» Francisco, Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, n. 29.

acompañamiento espiritual se vuelve clave: no como un añadido externo, sino como el alma misma del acto educativo.

Desde el corazón del Evangelio, **educar es amar**. No con un amor posesivo o paternalista, sino con **un amor que cree en el otro**, que **lo respeta**, que **lo impulsa a ser más**. Así ha educado siempre Dios a su pueblo: caminando a su lado, explicando con paciencia, repitiendo lecciones con ternura, acompañando con fidelidad incluso en la rebeldía. El acompañamiento educativo se enraíza en esta pedagogía divina: enseñar caminando, formar confiando.

Quien acompaña en la escuela, ya sea como maestro, tutor, catequista o animador, no es un simple transmisor de conocimientos. **Es un testigo**. Como Pablo con Timoteo, educa con la vida, con su forma de hablar, de escuchar, de afrontar los conflictos.

Acompañar en el ámbito educativo es también ayudar a que cada joven descubra que el valor de su vida no depende de su nota ni del reconocimiento externo sino de su dignidad como hijo amado de Dios. Entre las cosas que se pueden aprender en la escuela se encuentra el perdón, la misericordia y la confianza en que las heridas pueden ser iluminadas por la Palabra. El acompañante sostiene a quienes atraviesan momentos de fracaso, de ansiedad, de inseguridad, de vacío, sin soluciones rápidas, pero con una presencia firme, compasiva y orante. Acompañar es estar[40].

El acompañamiento educativo es vocacional. Es ayudar al alumno a habitar las grandes preguntas: «¿Quién

40 Cf. Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, nn. 244-247.

soy?», «¿Qué sentido tiene mi vida?», «¿Para qué estoy aquí?». Y en esas preguntas, acompañar con libertad, sin imponer, pero sin rehuir la verdad del Evangelio[41].

Este acompañamiento se expresa en gestos concretos:

- Crear un **clima evangélico**[42], donde se respire acogida, respeto y alegría, y cada estudiante se sienta visto y valorado.
- **Cuidar la acción tutorial**, no como control, sino como espacio de diálogo y crecimiento.
- Ofrecer **proyectos comunitarios** que integren fe, cultura y vida[43]: celebraciones, campañas solidarias, tiempos litúrgicos vividos en comunidad.
- Brindar **espacios de silencio, oración y escucha interior**, como caminos pedagógicos hacia la interioridad.
- Acompañar en la elaboración del **Proyecto Personal de Vida (PPV)**, donde el alumno aprenda a discernir sus deseos, decisiones y talentos a la luz del Evangelio.

41«'Dios te ama'. Si ya lo escuchaste no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En cualquier circunstancia, eres infinitamente amado». Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, n. 112.

42 La escuela católica «realiza la propia vocación de ser experiencia verdadera de Iglesia solo si se sitúa dentro de una pastoral orgánica de la comunidad cristiana» Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio* (1997), n. 12.

43 «En la escuela católica, además de las herramientas comunes a otras escuelas, la razón entra en diálogo con la fe, que permite acceder también a verdades que trascienden los datos de las ciencias empíricas y racionales por sí solas, para abrirse a la totalidad de la verdad con el fin de responder a las preguntas más profundas del alma humana que no se refieren solo a la realidad inmanente». Congregación para la Educación Católica, *La identidad de la escuela católica para una cultura del diálogo* (2022), n. 20.

- Fomentar el trabajo conjunto entre **familia, escuela y comunidad eclesial**, como red de acompañamiento compartido.

En definitiva, el acompañamiento educativo es una forma **concreta de vivir el Evangelio** en el aula, en el patio, en los pasillos. No desde los grandes discursos, sino desde la cercanía cotidiana. **Es hacer presente a Jesús Maestro**, que sigue diciendo hoy a cada joven: «Ven y sígueme», en medio de los pasillos, en las decisiones vocacionales, en los silencios del que no sabe por dónde seguir.

4.2.3. El trabajo

El trabajo no es solo una necesidad económica ni un medio de subsistencia. Es una dimensión esencial de la vida humana. En el trabajo, la persona se realiza, se expresa, se vincula y participa de la obra creadora de Dios[44]. El trabajo no es ajeno al plan de Dios, ni al camino espiritual del discípulo. Todo trabajo honesto, aunque sea rutinario, invisible o cansado, puede ser lugar de encuentro con Dios, de servicio al otro y de crecimiento en santidad[45].

La vida laboral puede ser espacio de discipulado. En una sociedad marcada por la productividad, el estrés y la competitividad, el acompañamiento espiritual es una voz que recuerda la dignidad del trabajador, la centralidad del descanso, el valor del trabajo bien hecho y la necesidad de justicia en el mundo profesional.

---

44 Cf. Juan Pablo II, Carta encíclica *Laborem Exercens*, n. 25.
45 Cf. Juan Pablo II, Carta encíclica *Laborem Exercens*, n. 25.

Es importante acompañar también en los procesos de búsqueda laboral, los momentos de desempleo, de incertidumbre o de cambio. En cada situación, Dios sigue obrando, sigue llamando, sigue abriendo caminos. El trabajo no define totalmente a la persona, pero sí forma parte de su vocación a transformar el mundo desde el amor.

Algunos acentos del acompañamiento en el ámbito laboral pueden ser:

- Ayudar a **descubrir el valor vocacional del trabajo**, cómo refleja los dones, la historia y los valores del acompañado.
- **Reconocer a Dios presente en toda tarea digna**, y mostrar que también en la rutina o el esfuerzo diario, se puede vivir la comunión con Él.
- **Sanar heridas laborales**, fruto de la precariedad, el desempleo, la frustración o el abuso, ofreciendo escucha, consuelo y orientación.
- **Discernir decisiones importantes**, como un cambio de rumbo, una crisis de sentido, un conflicto ético o un desafío profesional que interroga profundamente la conciencia.
- **Iluminar con criterios evangélicos** las opciones que se presentan, ayudando a vivir el trabajo con honestidad, responsabilidad, humildad y sentido de servicio.
- **Rezar con y por la persona trabajadora**, invocando al Espíritu para que el esfuerzo cotidiano no se convierta en peso estéril, sino en ofrenda viva.

Acompañar es ayudar a **integrar fe y vida, Evangelio y oficio, espiritualidad y realidad concreta**. Es **recordar que allí también se construye el Reino**. Que

Dios no espera solo en los templos, sino que camina entre escritorios, máquinas, pizarras y reuniones. Que **la santidad** no es evasión, sino encarnación. **Vivir el amor en lo concreto, también en la jornada laboral**.

4.2.4. Los espacios digitales

Vivimos inmersos en un mundo digital que ha transformado radicalmente la forma en que nos comunicamos, aprendemos, compartimos y buscamos sentido[46]. Podemos considerar el mundo digital como un nuevo «areópago». La evangelización no puede ausentarse de los espacios donde habita el corazón humano. Internet, las redes sociales o los canales digitales no son solo medios de comunicación. Hay que verlos como escenarios donde **las personas piensan, sienten, creen, se exponen, se ocultan o se pierden. Son tierra de misión,** a veces lugar de soledad pero también de escucha. Lugar de ruido, pero también de revelación. Allí también pasa Jesús, aunque a menudo no se le reconozca. Por eso, acompañar hoy espiritualmente a una persona es también acompañarla en su mundo digital, con sus oportunidades, sus sombras y sus búsquedas. El acompañante espiritual ha de ser testigo de una vida digital vivida con madurez desde la caridad y la verdad. **No basta con advertir los peligros: es necesario mostrar caminos**.

---

46 «La Iglesia promueve los progresos en la ciencia, en la tecnología, en las artes y en toda empresa humana, viéndolos como parte de la colaboración del hombre y de la mujer con Dios en el perfeccionamiento de la creación visible» Dicasterio para la doctrina de la fe - Dicasterio para la cultura y la educación, Nota *Antiqua et nova* sobre la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana, n. 2.

La Iglesia está llamada a estar presente en estos espacios para escuchar, discernir, acompañar procesos reales, acoger búsquedas sinceras y ofrecer caminos de encuentro con Dios. Se trata de habitar con autenticidad en el mundo digital como testigos del Evangelio, con una presencia humilde, orante y significativa.

Acompañar en lo digital es:

- **Escuchar con respeto** lo que la persona vive en su experiencia online.
- Hacer con ella una **lectura creyente de sus hábitos digitales**: ¿a quién sigue?, ¿qué le impacta?, ¿qué le inquieta?, ¿qué le apaga o le enciende el corazón?
- Ayudarle a **discernir dónde hay luz y dónde sombra**: qué medios le conectan con la verdad, la oración, la comunión; y cuáles le aíslan o le vacían.
- Invitarle a **integrar su vida digital en su camino de fe**. ¿Le ayuda a rezar? ¿Le lleva al encuentro con otros? ¿Le permite crecer o solo le dispersa?

Se trata de ayudar a vivir una espiritualidad encarnada entre pantallas. **En lo digital no solo se opina o se informa: también se cree, se ama, se hiere y se ora**. Entre algoritmos y clics **se puede sembrar Evangelio**. El Espíritu Santo no conoce fronteras cuando se trata de alcanzar un corazón.

4.2.5. El ocio y el tiempo libre

El tiempo libre no es un simple paréntesis entre obligaciones. Es parte esencial de la existencia humana, lugar donde se tejen silenciosamente muchos de los sentidos más profundos de la vida. Lejos de ser un mero descanso funcional, el ocio bien vivido puede

convertirse en espacio de comunión, de gratitud, de contemplación y de crecimiento espiritual[47]. Es importante cuidar y fomentar estos momentos para el desarrollo integral del individuo y para fortalecer las relaciones familiares y comunitarias[48].

Acompañar esta dimensión es, por tanto, acompañar el corazón mismo de la persona cuando se abre a lo gratuito, a lo bello, a lo relacional, a lo que no se mide ni se monetiza. En una sociedad marcada por la prisa y la eficiencia, el ocio a menudo se convierte en evasión o consumo superficial. Sin embargo, el Evangelio nos invita a redescubrirlo como tiempo de gracia: como ese «séptimo día» en el que Dios, al concluir su obra, se detuvo, miró lo creado y lo bendijo. Así, **el descanso es también acto de fe**: confianza en que **no somos amados por lo que producimos, sino por lo que somos**.

Podemos diferenciar en el ocio una dimensión comunitaria y una dimensión personal. En la **vida comunitaria**, el tiempo libre puede ser un camino privilegiado para crecer en fraternidad, educar en la alegría y descubrir a Dios en lo cotidiano. Las experiencias de convivencia, juego o belleza compartida revelan que el acompañamiento espiritual no ocurre solo en momentos explícitamente religiosos, sino también en los espacios donde el alma respira y se encuentra con los demás. Acompañar en el ocio y el tiempo libre puede convertirse en una escuela de humanidad y de fe en

47 Cf. Francisco, Carta encíclica *Laudato si'*, n. 237; Idem, Exhortación apostólica postsinodal *Christus Vivit*, nn. 224-225.
48 «La institución del día del Señor contribuye a que todos disfruten del tiempo de descanso y de solaz suficiente que les permita cultivar su vida familiar, cultural, social y religiosa» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2184)

comunidad. Algunas propuestas concretas:

- Organizar **convivencias, campamentos, excursiones** o peregrinaciones donde el corazón se abra al encuentro con Dios y con los hermanos.
- Proponer **actividades artísticas, deportivas o culturales** impregnadas de valores evangélicos, donde se desarrolle la creatividad como don.
- Cuidar espacios de **contemplación y descanso compartido**: un cine-fórum, una obra de teatro, una caminata en silencio, una noche de estrellas o una oración ante lo bello.
- Facilitar **encuentros informales** donde se cree una comunidad sin presiones, desde la sencillez del compartir, la risa y la acogida.

A nivel personal, se trata de acompañar el descanso interior. El modo en que una persona descansa habla de su interioridad. Hay formas de ocio que alimentan el alma y otras que solo la distraen. Acompañar el ocio personal es ayudar a:

- **Reconocer la necesidad de descanso** sin culpa, como parte del plan de Dios.
- **Discernir qué formas de ocio le nutren realmente**: la lectura, la música, la naturaleza, la conversación sincera, el silencio...
- **Preguntarse con honestidad**: ¿qué busca cuando desconecta?, ¿qué le deja en paz?, ¿qué le vacía?
- **Sanar el ocio evasivo** que anestesia el alma y deja más cansado que antes.
- **Abrirse a la presencia de Dios** en lo pequeño, en lo gratuito, en el juego, en la belleza, en el arte, en la contemplación de la vida.

El descanso no es una pérdida de tiempo, sino un tiempo donde el alma puede reencontrarse con su verdad más honda. Acompañar en el tiempo libre es mostrar que el **Evangelio no se vive solo en la acción o en el deber, sino también en la pausa, en la risa, en la fiesta.** Dios puede hablar, y quedarse, en una tarde sin prisas, en una caminata por el bosque, en una canción que toca el alma. **Evangelizar también es contagiar alegría, redescubrir la fiesta, sanar la mirada, despertar el asombro.**

4.3. «En todo amar y servir». Eclesialidad y misericordia en el acompañamiento

El acompañamiento es una acción eclesial que continúa la misión de Cristo: reconciliar a cada hombre y mujer con Dios Padre por medio del Espíritu Santo, curando las heridas que dividen a la humanidad para integrarlos en la nueva familia de la Iglesia. De ahí que todo acompañamiento tenga una radical forma comunitaria y eclesial, y deba hacerse cargo de las circunstancias concretas de los acompañados, incluyendo el perdón de sus pecados y la sanación de las heridas. Describimos brevemente esta dimensión eclesial y este acento sanador de todo acompañamiento.

Cuando la Iglesia acompaña refleja el modo en que Dios camina con su pueblo, compartiendo sus pasos. Las páginas de la Escritura muestran a un Dios que busca, escucha, forma y permanece. Esta pedagogía divina es también la de la Iglesia, llamada a acompañar como hermana y madre, siendo «hospital de campaña» que consuela, sostiene y anima.

La comunidad cristiana, especialmente en la forma

concreta de la parroquia, es más que una estructura: es espacio de acogida, de discipulado, de celebración y misión. En ella todos los miembros son necesarios, y cada uno es llamado a vivir su fe con otros, porque el seguimiento de Jesús no se vive en solitario.

Esta dimensión comunitaria del acompañamiento busca:

- Formar discípulos que vivan y anuncien el Evangelio.
- Cultivar relaciones auténticas, marcadas por la confianza y la escucha.
- Promover una misión compartida donde todos acompañan y son acompañados.
- Generar líderes que acompañen desde el servicio y la humildad.

Que el acompañamiento sea una tarea eclesial le confiere un estilo muy definido, entre cuyos rasgos podemos destacar:

- Intencionalidad pastoral, con horizonte claro y no improvisado.
- Personalización, adaptándose a la realidad de cada comunidad.
- Espíritu de servicio, que no impone, sino que lava los pies.
- Apertura al Espíritu, que renueva y vivifica toda vida comunitaria.

El acompañamiento consigue despertar la vocación de cada uno, sostener los pasos cansados y ora por la comunión donde la fe se comparte y se fortalece. Cuando la comunidad se deja acompañar, es Cristo

mismo quien camina con ella, quien sana sus heridas. Jesús predicó el Reino, deteniéndose ante el dolor. Sanó a los leprosos, lloró con las hermanas de Lázaro, miró al joven rico con ternura, tocó los ojos del ciego, escuchó el grito de los endemoniados. Lo hizo sin prisa, sin desprecio, sin miedo a lo que dolía. Todo acompañamiento espiritual que quiera ser fiel a Jesús ha de aprender su estilo, que no huye de la fragilidad, sino que entra en ella con respeto sagrado.

De ahí que la **sanación de heridas** sea **parte del ministerio de acompañamiento**. Algunas heridas no sangran, pero duelen. Heridas que no siempre se nombran, pero condicionan la mirada, el paso, el corazón. Heridas que no se exhiben, pero laten en lo más hondo del alma. En la vida de muchas personas y familias, hay heridas que no se ven: la ausencia de un padre, el rechazo de un ser querido, la herida de una traición, la soledad en el hogar, el dolor de no sentirse digno de ser amado. Son dolores que marcan el alma y que, si no se nombran, se enquistan. La Iglesia, como madre, no puede mirar hacia otro lado. «Debe acompañar con atención y cuidado a sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido»[49]. Acompañar a las personas heridas es una de las grandes urgencias pastorales de la Iglesia y uno de los gestos evangélicos más elocuentes que puede ofrecer. Acompañar no es solo caminar, sino también detenerse. No es solo enseñar, sino también consolar. No es dar un consejo, sino simplemente estar.

Hay dos ambientes en los que el acompañamiento asume particularmente la tarea de sanar las heridas: los contextos de sufrimiento (duelo, enfermedad, an-

49 Francisco, Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, n. 291.

cianidad, soledad...) y la atención a los servidores.

El sufrimiento necesita ser acompañado. Hay momentos en la vida donde las palabras sobran. El acompañamiento a quien sufre es presencia, escucha, consuelo silencioso. Ayuda a mirar el dolor con los ojos de la Pascua, sin tratar de explicar la cruz, sosteniendo la espera de la Resurrección. El sufrimiento purifica, revela lo esencial y abre a la confianza radical. El acompañante en estos tramos refleja la misericordia de Dios, pero también precisa de ella.

Quienes sirven a los demás tienen una necesidad particular de ser acompañados. Servir es entregar la vida, no perderla (cf. Jn 10,18). Sin embargo, existe el riesgo de desgastarse o quemarse en el servicio. El discernimiento en el servicio ayuda a purificar motivaciones, a sostenerse en la gratuidad, a evitar el activismo, y a integrar la vida espiritual en el servicio. El acompañante ayuda a leer los frutos, a corregir los excesos, a descubrir dónde llama Dios hoy. Porque servir es amar, pero también escuchar y obedecer.

Esta dimensión sanadora de todo acompañamiento no se limita a ofrecer soluciones rápidas ni a enunciar consejos. Es, ante todo, **un ejercicio de misericordia**, **una pedagogía del consuelo**, **una espiritualidad del cuidado:**

- La **Misericordia como horizonte**. No se trata de corregir desde fuera, sino de sanar desde dentro. El acompañante no es un juez ni un técnico del alma, sino un hermano mayor que ha sido también tocado por la gracia. Solo quien ha conocido el perdón puede ofrecerlo.

- **Inclusión de los más frágiles**. El acompañamiento no busca solo a los fuertes. Sale, como el Buen Pastor, al encuentro de la oveja herida. Acoge los rostros de las periferias humanas[50]: los que han fracasado, los que no encuentran consuelo, los que han sido excluidos o despreciados.
- **Cuidado integral**. Las heridas no habitan solo el alma. El cuerpo, la mente, la historia personal... todo necesita ser abrazado. Acompañar es también ayudar a mirar la propia biografía con verdad y a integrar las rupturas desde la esperanza.

En nuestra Diócesis han brotado iniciativas de acompañamiento sanador, al estilo del Corazón de Cristo:

- Los **Centros de Orientación Familiar (COF)**, que acogen y guían con delicadeza las diferentes etapas vitales de las personas y familias.
- La **Fraternidad del Cenáculo**, donde jóvenes en proceso de sanación de adicciones descubren la libertad y la gracia desde una vida fraterna sostenida en la oración.
- Los **Grupos Resurrección**, que acompañan con fe y consuelo el camino del duelo, transformando la pérdida en un encuentro más profundo con el Dios de la vida.

En un mundo que anestesia el sufrimiento o lo convierte en espectáculo, **el acompañamiento sanador es un gesto profético** que se atreve a mirar la herida sin miedo y confía en que Dios sigue pasando, tocando y curando. Ahora como entonces, se cumple la palabra: «una fuerza salía de Él y los curaba a todos» (Lc 6,19).

---

50 Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nn. 20, 30, 46.

Acompañar en la herida es repetir los gestos de Cristo: acercarse, tocar, mirar, levantar. No hay otra forma de sanar que no pase por el amor. No hay otra medicina más fuerte que la misericordia. No hay otro camino más fecundo que la presencia.

5. La formación de los acompañantes

Acompañar requiere de cualidades y capacidades que deben ser cuidadas para desarrollar un buen servicio pastoral. Supone «ponerse a disposición del Espíritu del Señor y de quien es acompañado y después tener la valentía de hacerse a un lado con humildad»[51].
El acompañamiento espiritual es un carisma bautismal. Los sacerdotes que lo realizan tienen el carisma no porque sean sacerdotes sino por su condición de bautizados[52]. La clave para ser un buen acompañante radica en estar bien formado, disponer de la necesaria sabiduría espiritual para prestar un verdadero servicio de comunión a los hermanos. La formación de acompañantes responde al mandato apostólico de capacitar a cada cristiano para su ministerio con vistas a la edificación del cuerpo de Cristo (cf. Ef 4,12). Centramos ahora nuestra reflexión en las cualidades y capacidades necesarias para un acompañante espiritual.

5.1. La fuerza del testimonio

Solo desde la coherencia de vida y una profunda vivencia de fe se puede desarrollar correctamente este servicio del acompañamiento espiritual. Solo desde la fuerza que da el testimonio de una vida de fe, vivida

51 Sínodo de los Obispos 2018, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, n. 101
52 Cf. Francisco, *Audiencia a los sacerdotes y seminaristas que estudian en Roma* (24-10-2022)

con sencillez y mostrada con sinceridad en la coherencia de sus actos puede desarrollarse un adecuado acompañamiento de aquellos que desean profundizar en la experiencia creyente. Esta vivencia hace del acompañante una persona equilibrada, de fe y de oración, que escucha y que se ha confrontado con sus debilidades y fragilidades:

> La conciencia de que acompañar es una misión que requiere un profundo arraigo en la vida espiritual lo ayudará a mantenerse libre respecto de los (...) que acompaña: respetará el resultado de su camino, sosteniéndolos con la oración y gozando de los frutos que el Espíritu produce en quienes le abren el corazón, sin tratar de imponer su voluntad ni sus preferencias. Asimismo, será capaz de ponerse al servicio, en lugar de ocupar el centro de la escena y asumir actitudes posesivas y manipuladoras que crean en las personas dependencia en lugar de libertad. Este profundo respeto será también la mejor garantía contra el riesgo de suplantar la personalidad y de abusos de todo tipo[53].

El **acompañante es testigo de una vida coherente**. Su palabra tiene autoridad porque su vida refleja los valores que transmite: justicia, prudencia, castidad, misericordia.

5.2. La capacitación doctrinal y moral católica

El acompañamiento espiritual no se reduce a una conversación empática o a consejos bienintencionados.

53 Sínodo de los Obispos 2018, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, n. 102

Es un servicio eclesial que exige fidelidad a la verdad revelada. Por eso, el acompañante debe tener una **sólida formación doctrinal y moral**, para poder guiar con sabiduría y fidelidad.

La persona que acompaña no habla en nombre propio, sino en nombre de la Iglesia. **No ofrece opiniones personales**, sino que ayuda a **discernir desde el Evangelio**, desde la verdad que libera, desde la caridad que no impone.

Para ello, necesita beber constantemente de las fuentes vivas de la fe: la **Sagrada Escritura**, donde Dios sigue hablándonos; el **Catecismo de la Iglesia Católica**, síntesis segura y clara del depósito de la fe; el **Magisterio vivo de la Iglesia**, especialmente las exhortaciones y encíclicas que iluminan los desafíos contemporáneos; la **teología moral y espiritual**, como herramienta para discernir con profundidad, consciente de que la enseñanza moral de la Iglesia no es una carga, sino un camino de plenitud y libertad.

El acompañante no presume de saberlo todo. Se mantiene en actitud de aprendizaje constante, sabiendo que el conocimiento es un don al servicio de los demás, y no una fuente de prestigio personal.

5.3. Persona de oración y que sea acompañada

El acompañante ha de ser un creyente orante, una persona de fe sincera que se alimente de la Palabra de Dios y del trato cotidiano con el Señor, un discípulo abierto a la acción del Espíritu en su vida. Pero esta acción también debe ser acompañada y discernida. Alguien acostumbrado a este dinamismo interno

de la gracia puede ayudar mucho a que la persona acompañada lo vaya identificando en su vida. El Espíritu nos impulsa a todos hacia la madurez en Cristo, tanto a acompañantes como a acompañados, dentro de la propia vocación personal. Jesús mismo, antes de elegir a sus apóstoles, pasó la noche en oración (cf. Lc 6,12). Él no improvisa la misión, sino que la acoge del Padre. El acompañante, igualmente, no guía por sí mismo, sino que se ofrece como instrumento para que Dios actúe. Y esta disponibilidad para servir a la acción divina se cultiva en la oración. San Gregorio Magno advierte que nadie puede ser guía si antes no ha sido iluminado por la luz de la oración[54].

Quien aspira a desempeñar este servicio del acompañamiento debe ser sin duda un «acompañante acompañado». Toda misión nace del encuentro. Quien ha sido tocado por Dios se convierte en testigo de su presencia y puede ser enviado para comunicar a otros lo vivido. Quien acompaña espiritualmente a otros necesita vivir de forma constante y humilde en ese espacio interior donde el Espíritu Santo habla, transforma y sostiene. Desde la propia experiencia buscará y necesitará tener mayor claridad sobre la espiritualidad cristiana y católica: qué es lo específico de la vida cristiana, la gracia y sus manifestaciones. Se dejará acompañar con transparencia, apertura a Dios y constancia. Cultivará el silencio interior y la oración, la confianza en Dios, con disponibilidad a la gracia, trabajo interior y agradecimiento. Acompañado por otros, debe crecer personalmente en el seguimiento de Cristo como eje central de todo su crecimiento espiritual y su compromiso vital: «Para poder desempeñar el propio servicio, el acompañante sentirá la necesidad de cultivar

54 Cf. Gregorio Magno, *Regla Pastoral*, I,1.

su propia vida espiritual, alimentando la relación que lo vincula a Aquel que le ha confiado la misión»[55]. El papa Francisco lo expresaba con su estilo particular:

> Tener la seguridad de que yo siempre debo ser acompañado. Porque la persona que no está acompañada en la vida le crecen «hongos» en el alma, hongos que luego te molestan. Enfermedades, soledades sucias, tantas cosas malas. Necesito ser acompañado. Aclarar las cosas. Explorar las mociones espirituales, que alguien me ayude a entenderlas, qué quiere el Señor con esto, dónde está la tentación. He encontrado algunos estudiantes de teología que no sabían distinguir una gracia de una tentación; necesito que alguien me acompañe[56].

Cada camino de fe es único. Pero la gracia se comunica por medio de canales ordinarios que son comunes para todos. Por ello, el acompañante debe frecuentar los sacramentos, en particular tanto la Eucaristía, culmen y fuente de vida cristiana, como la Reconciliación, de manera que poco a poco, ayudado por su acompañante espiritual, alcance una espiritualidad adulta, madura y sana desde la que poder acompañar a otros.

5.4. Compromiso personal

Más que nunca necesitamos hoy de hombres y mujeres que, desde su experiencia personal de ser acompañados en la fe y en la vida cristiana, conozcan los procesos propios de la evangelización, tengan dispo-

55 Sínodo de los Obispos 2018, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional,* n. 103

56 Francisco, *Audiencia a los sacerdotes y seminaristas que estudian en Roma* (24-10-2022)

nibilidad para acompañar a otros y cultiven la capacidad de trabajar en equipo, dedicando a ello tiempo y mucha ilusión, ya que «el servicio del acompañamiento es una auténtica misión, que requiere la disponibilidad apostólica de quien lo realiza»[57].

5.5. Acompañantes especializados

El acompañante espiritual ha de tener las suficientes nociones en distintos campos y disciplinas que contribuyan a ayudarle en el desarrollo de su servicio. Esta formación debería ser suficiente como para detectar problemas, situaciones y/o dificultades surgidas de las opciones que va a tomar la persona o por situaciones especialmente problemáticas que requieran derivar al acompañado a un experto en el ámbito psicológico, moral o vocacional. En estos casos, en que se requiere la presencia de un especialista, **no es aconsejable que el acompañante intente resolver las dificultades careciendo de conocimientos reglados**, contrastados y supervisados por un acompañante especializado en ese campo.

6. La práctica del acompañamiento espiritual

La vida cristiana comienza con un encuentro. No con una idea abstracta, ni un proyecto personal, sino un rostro, una palabra, una presencia. Benedicto XVI lo afirmaba con mucha fuerza: «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»[58]. El acompañamiento espi-

57 Sínodo de los Obispos 2018, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, n. 101

58 Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

ritual tiene sus raíces en esta experiencia: Dios sale al encuentro del hombre, y ese encuentro transforma.

Tomemos como paradigma el primer encuentro descrito por el evangelio de Juan: «¿Qué buscáis?»... «Venid y lo veréis» (cf. Jn 1,35-51). En este diálogo, sencillo y profundo, se revela el corazón del acompañamiento. El texto nos ofrece algunos rasgos esenciales del encuentro con Cristo: ante todo, que nadie llega a Jesús solo; siempre somos conducidos a Jesús con la ayuda de otros. El encuentro no es solo un fenómeno exterior, es necesario interiorizar y personalizar aquello que me acontece. **La iniciativa es de Cristo y el encuentro con Él es capaz de transformar la vida entera.** Por último, el criterio de autenticidad del encuentro es que no se queda en un momento puntual: quien se encuentra con Cristo se vuelve seguidor suyo[59].

Este seguimiento de Jesús se verifica en el acompañamiento. Ambos, acompañado y acompañante, sostienen conversaciones que abarcan todos los ámbitos de la vida: la oración, la vocación, las relaciones, el estudio o el trabajo, las heridas, los sueños... y siempre la pregunta fundamental: «Señor, ¿qué quieres de mí?».

El arte y ministerio de la conversación se sostiene en cuatro actitudes, que pueden entenderse también como fases del proceso: ante todo, **atender**, que consiste en acoger, observar, escuchar con empatía; también **entender**: reformular, preguntar, clarificar aquello que escuchamos; una vez hemos acogido la palabra del otro, se hace necesario **explicar**: sugerir hipótesis, interpretar con delicadeza, confirmar el bien. Final-

59 Cf. V. Botella Cubells, *Creer la Palabra y ponerse en el camino*, San Pablo, Madrid 2016.

mente, para que la conversación no quede en palabras, hay que **aplicar**: invitar a tomar decisiones, proponer valores, ofrecer herramientas[60].

El acompañamiento requiere un modo de estar y de mirar, **que tenga su fuente en el corazón de Cristo**. No se trata de técnicas, sino de una pedagogía del Espíritu. Comenzaremos tratando de concretar los rasgos básicos del acompañamiento al estilo de Jesús, para ofrecer después algunos medios que resultan útiles para el acompañamiento.

6.1. Al estilo de Jesús

A lo largo de todo nuestro recorrido, hemos ido presentando los distintos encuentros de Jesús que describen los evangelios y el modo en que el Señor acompaña a aquellos que se encuentran con Él: los apóstoles, María Magdalena, Zaqueo... Para cada uno, Jesús tiene una palabra precisa, un gesto concreto, capaz de imprimir a sus vidas un giro radical. Tratamos ahora de concretar cuál es el estilo de los acompañamientos de Jesús del que pretendemos aprender. Nos parece que puede formularse en tres palabras: escucha, discernimiento y misericordia.

Acompañar al estilo de Jesús supone, en primer lugar, **escuchar** como Él lo hacía. Se detenía ante cada persona, no para encasillarla, sino para dejar que su vida

60 Cf. L. M. García Domínguez, «Acompañar para discernir: Claves para un acompañamiento espiritual sencillo y serio», *La revista católica*, 2018, 300-309.

saliera a la luz[61]. «¿Qué quieres que haga por ti?» (Mc 10,51). Con esta pregunta, Jesús enseña el arte de escuchar desde el respeto y la compasión. No da por hecho lo que el otro necesita, sino que le deja expresarlo. Esta es una de las claves de la escucha activa: permitir que la persona descubra y exprese su propia verdad, sin soluciones rápidas o consejos prematuros. La escucha activa es el suelo donde crece todo proceso de discernimiento. No se trata de oír lo que el otro dice, sino de acogerlo desde dentro. Creado un espacio de confianza, la persona puede abrir su corazón y descubrir la acción de Dios en su historia. Escuchar es orar con el otro. Es dejar que la Palabra de Dios ilumine su vida, no desde fuera, sino desde dentro.

Sin esta escucha activa y atenta, no es posible el **discernimiento**, que percibe la voz del Espíritu y respeta los tiempos del alma. Ignacio de Loyola hablaba de «sentir conocer las mociones del alma»[62], para tomar decisiones bajo la luz del Espíritu. Aunque personal, el discernimiento requiere contraste con otro: alguien que escuche, ilumine y ayude a ver con mayor profundidad. Discernir es dejar que la historia se convierta en deber: asumirla con libertad responsable, abrirse al misterio, reconciliar el pasado, elegir el futuro[63].

---

61 «La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida» Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 171.

62 Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, n. 313.

63 Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, n. 10.

Por último, el acompañamiento inspirado por Jesús necesita que la **misericordia** permanezca bien arraigada en nuestro corazón[64]. Acompañar es participar en la obra de Dios, que toma la miseria humana y la envuelve en su ternura. El acompañamiento es camino hacia la alegría, porque conduce a experimentar que el Amor de Dios es más fuerte que el pecado, más profundo que cualquier herida. Acompañamos para gustar la misericordia de Dios, para descubrir que la verdadera alegría nace del perdón recibido, del amor compartido, de la esperanza renovada.

Son muchos los espacios donde se experimenta la misericordia, pero podríamos remarcar tres en los que se celebra de modo especial. Los **sacramentos**, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación, donde se recibe la misericordia como gracia viva. La **Palabra inspirada** donde Dios nos sigue hablando hoy como a un amigo, sanando nuestras heridas con su voz. Y la **fraternidad cristiana**, donde el amor se hace gesto, cercanía y servicio.

Surge pues, la necesidad de acompañantes misericordiosos, hombres y mujeres que transparenten el rostro del Padre y se conviertan en sembradores de una humanidad nueva, sabiendo que acompañamos para evangelizar, para liberar, para que otros descubran que hay un Amor que todo lo renueva.

6.2. Instrumentos al servicio del acompañamiento

Además del encuentro y la palabra compartida, existen otros medios para enriquecer el proceso de acompañamiento espiritual. El acompañamiento es una ac-

64 Cf. Francisco, Carta apostólica *Misericordia et Misera*, n. 3.

tividad pastoral intencional, con un horizonte claro y no improvisado. Necesitamos detenernos para **caer en la cuenta de que Dios pasa por nuestra vida** sin que seamos conscientes (cf. Gén 28,16). En algunos momentos notamos una presencia especial de Dios, y tenemos la impresión de que antes lo conocíamos de oídas (cf. Job 42,5). Como Pedro, lo que vivimos ahora lo comprenderemos más tarde (cf. Jn 13,7). Por eso, hemos de aprender de María a atesorar nuestras experiencias de fe para poder meditarlas después en nuestro corazón (cf. Lc 2,19). Ese corazón, que a veces arde como el de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,32), necesita **aprender a recordar**.
Proponemos algunos recursos que pueden ponerse al servicio de la experiencia de seguimiento de Jesús y pueden ayudar al acompañamiento de la vida espiritual.

6.2.1. La historia personal

Contar la propia historia es un acto profundamente espiritual. Como la Historia de la Salvación, nuestra vida es un camino con luces y sombras, con intervenciones de Dios, con exilios y regresos, con promesas y fidelidades. Una lectura orante de la Sagrada Escritura nos enseña que **narrar** es releer la vida con una mirada nueva, reconciliada, agradecida. Es ordenar cronológicamente los hechos más relevantes en la construcción de la propia identidad, buscando su sentido desde la fe. La narración ayuda a integrar lo vivido, a sanar lo que aún duele, a agradecer lo que fue don. Desde lo que uno cree, espera y ama, se puede mirar con nuevos ojos la trama de su existencia[65].

65 Cf. A. Cencini, *La historia personal, cuna del misterio. Indicaciones para el discernimiento vocacional*, Madrid 2011.

Elaborar una **autobiografía** espiritual es un camino de maduración interior. El itinerario para elaborar la historia personal puede constar de las siguientes etapas:

- **El recuerdo**: hacer memoria, reconstruir los años vividos por períodos. Anotar fechas, personas, lugares y hechos relevantes, incluso pidiendo ayuda a otros para clarificar datos.
- **La interpretación**: subrayar los momentos significativos, distinguiendo luces y sombras, alegrías y heridas, y anotando su impacto en el presente.
- **La redacción**: escribir desde el corazón, con honestidad y libertad, dejando que afloren no solo los hechos, sino también los sentimientos. Se hace en clima de oración.
- **El compartir**: narrar lo escrito al acompañante, no tanto como entrega de un texto, sino como acto de revisión interior. El valor está en el proceso, no en la precisión del recuerdo.
- **La lectura creyente**: volver sobre el texto, completarlo, subrayarlo. La historia personal ha de leerse con memoria agradecida, casi un lugar de revelación donde Dios ha pronunciado su Nombre.

6.2.2. El cuaderno espiritual

Otro medio sencillo y fecundo para desvelar el paso de Dios por la vida es el **cuaderno espiritual**, que ayuda tanto al acompañado como al que acompaña. Se trata de **una herramienta al servicio del discernimiento**, un espacio íntimo que recoge lo que el alma vive y donde la acción de Dios se hace más visible con el paso del tiempo.

El cuaderno espiritual del acompañado

El acompañado encuentra en este cuaderno un espacio de diálogo con Dios y consigo mismo. Sus funciones pueden ser variadas:

- Escribir sobre su **vida interior,** sus intuiciones, inquietudes o mociones espirituales.
- **Preparar la entrevista** con el acompañante y reflexionar después de ella.
- Anotar el **examen de oración**, para aprender a discernir lo vivido en el encuentro con Dios.
- Registrar su **examen del día**, según la pedagogía ignaciana, descubriendo cómo Dios actúa en lo cotidiano.
- Discernir por escrito **su manera de vivir los compromisos**, las obras buenas, las rutinas que a veces se desordenan. Escribir ayuda a ordenar, y ordenar ayuda a ver.

El cuaderno espiritual del acompañante

También el acompañante encuentra en su cuaderno una herramienta preciosa para el discernimiento y la preparación. Después de cada encuentro, puede recoger por escrito:

- **Circunstancias externas**: fecha, duración, ambiente, preparación previa.
- **Temas** abordados, evitados o sugeridos.
- **Etapa espiritual** del acompañado.
- **Recursos** utilizados y **frutos** obtenidos.
- **Estado interior** del acompañante durante la entrevista.

- **Líneas a trabajar en el futuro**: propuestas, textos, símbolos, ejercicios, preguntas.

El cuaderno **es lugar de oración**, un **instrumento que permite seguir los pasos de Dios en la vida del otro con respeto y fidelidad**.

6.2.3. La revisión de vida

La **revisión de vida** también es una lectura creyente de los hechos, al estilo de Jesús en el camino de Emaús. Su método es sencillo, evangélico, profundamente humano y espiritual. Muchas generaciones de cristianos lo han aprovechado para discernir su vida comunitaria y personal a la luz del Evangelio y el Magisterio de la Iglesia.

El método de revisión de vida educa la mirada, afina la escucha y suscita la respuesta. Propicia un camino de conversión en lo cotidiano, **educando personas** libres, abiertas, responsables, protagonistas de su historia. **Acompaña la maduración** de la fe como encuentro personal con Cristo. Y **forma creyentes comprometidos** con la transformación de la Iglesia y del mundo.

La estructuración habitual de este método suele conocer tres pasos:

- **VER**: mirar como miraba Jesús. Una mirada compasiva, atenta, implicada. Es ver a los pobres, a los olvidados, pero también verse a uno mismo desde la ternura del Padre.
- **JUZGAR**: dejarse iluminar por la Palabra. Es el momento de la conversión. Escuchar, acoger, dejar que el Evangelio cuestione, purifique, oriente.

- **ACTUAR**: dar pasos concretos. Cambiar estilos de vida. Comprometerse con el Reino. No basta ver y juzgar si no se camina. La oración y la acción se entrelazan, como en María, la discípula fiel[66].

6.2.4. El Proyecto Personal de Vida (PPV)

Toda vida cristiana necesita un norte que nos ayude a unificar, a madurar, a vivir con sentido. La vocación que todos tenemos supone en sí misma un **proyecto personal de vida cristiana**. Cada una de las palabras resulta significativa para caracterizar este instrumento tan valioso:

- Hablamos de **proyecto**, puesto que no deja nada a la casualidad ni a la improvisación. Trazamos un plan para crecer en cristiano.
- El adjetivo **personal** recuerda que el proyecto será único, original y ajustado a la historia y las características de cada persona.
- **El proyecto abarca toda la vida**, no solo una parcela o etapa. Teniendo la fe como factor de unidad de vida, el creyente trata de madurar en todas las dimensiones de su vida: humana, familiar, social, eclesial y espiritual[67].
- Hablamos de «proyecto de vida **cristiana**», subrayando que no tenemos otro ideal humano que Jesús. Se trata de una ayuda para ir configurando nuestra vida al estilo de Jesús, en el aquí y ahora de nuestro tiempo. La meta de este proceso es la santidad y no la perfección personal.

---

66 Para un mayor conocimiento de la revisión de vida, cf. Acción Católica General, *Llamados a acompañar. Material sobre el acompañamiento en la fe*.

67 Cf. apartado 3.6: Dimensiones de acompañamiento espiritual.

El proyecto personal de vida cristiana es un instrumento, no un fin. Antes de su redacción, el acompañado tiene que recordar su vida, orar pidiendo luz al Espíritu Santo y proponerse solo aquellos objetivos que puede alcanzar. Para que no quede en un papel escrito, el proyecto ha de revisarse con el acompañante y tal vez compartirlo con la comunidad cristiana en que se vive el propio camino de fe.

DECÁLOGO PARA ACOMPAÑAR AL ESTILO DE JESÚS

1. **Mirada cercana y compasiva**: descalzarse ante la tierra sagrada del otro.
2. **Acompañamiento integral**: cuidar todas las dimensiones de la persona.
3. **Cercanía respetuosa**: como el buen samaritano, no pasar de largo.
4. **Llevar al otro hacia Dios**: no ser fin, sino puente hacia Cristo.
5. **Ser acompañantes acompañados**: nadie puede guiar si no se deja guiar.
6. **Conocer los procesos**: escuchar sin moralizar, discernir con paciencia.
7. **Sentido comunitario**: integrar el acompañamiento en la pastoral eclesial.
8. **Capacidad del corazón**: hacer transparente el amor de Dios.
9. **Proponer, corregir, ayudar**: siempre desde la caridad, sin juicios ni condenas.
10. **Suscitar apóstoles para la misión**: discípulos misioneros, alegres y libres.

Inspirado en *Evangelii Gaudium* (n.169-173)